

enseñanza y de transmisión de una cultura de vida, sino el personaje que encarna la sumisión a un *statu quo* corrupto como el sistema democrático de Estados Unidos. Visto de esta manera, el ejercicio de la libertad que se percibía tras el Prometeo de Esquilo, Gide y Camus se reduce, en *comics* como Superman, al resguardo de una “independencia” supuestamente garantizada por el sistema de gobierno, pero que traduce para el espectador un elemento en el cual puede depositar su confianza. Así, la sociedad prefiere engañarse a enfrentar una realidad cimentada en el horror y el crimen.

La última reinterpretación del mito de Prometeo que aborda David García es la retratada en la saga de filmes titulados *Terminator*. El nexo que García encuentra entre Prometeo y Terminator es la presencia de una máquina antropomórfica que ayuda a la humanidad a huir de su propio destino. Esta historia, llena de viajes en el tiempo y de desarrollos tecnológicos impresionantes, atrae la atención del autor al enunciar, según él, una paradoja: los personajes luchan contra las máquinas del futuro sin hacer nada por rescatar el presente, y además continúan con la vacuidad que simboliza el hecho de que el hombre no sea protagonista, sino que lo es un objeto que se mimetiza con él.

Pese a que el texto de David García intenta realizar un recorrido por algunas de las lecturas y reinterpretaciones dadas al relato prometeico, olvida sin justificación la importancia del mito sobre el titán en corrientes como la romántica, sin contar que no presenta ninguna alusión a lo sucedido con el mito desde los siglos II a. C. (período en que se data la vida y obra de Luciano de Samosata) hasta el final del siglo XIX (*Le Prométhée mal enchaîné* de Gide es de 1899). Sin embargo, no por ello deja de ser un texto interesante y valioso en la medida en que subraya la importancia del mundo helénico y sus mitos para la cultura occidental, apelando a la trascendencia del discurso mítico como fundador de la cultura y como un área de conocimiento.

Mariana Sierra Aponte

Universidad Nacional de Colombia — Bogotá

Burkert, Walter. *De Homero a los magos. La tradición oriental en la cultura griega*. Barcelona: El Acantilado, 2002. 172 págs.

El presente libro de Burkert reúne cuatro conferencias impartidas por el especialista en la Università degli Studi de Venecia, en el mes de abril de 1996. Cada una de estas lecciones aborda temas diferentes: los rasgos de la épica oriental en Homero, las cosmogonías orientales y las griegas; el orfismo, y los magos iraníes en relación con la filosofía presocrática. Si bien cada tema se desarrolla de manera autónoma en cada una de las conferencias, el propósito del libro parte de un presupuesto sugestivo, que renueva la mirada occidental y tradicional de los estudios clásicos: “los griegos no partieron de la nada” (59). Los desarrollos de Burkert amplían el espectro de los estudios clásicos al relacionar la cultura helénica con las civilizaciones que estuvieron en contacto con el Ática: babilónica, hitita, egipcia e irania. Así, los postulados del autor, que procede combinando la arqueología, la historia y la filología, proponen lo siguiente: “se hace aconsejable un replanteamiento: los griegos nunca estuvieron aislados, ni siquiera en el período clásico” (123).

En “Rasgos orientalizantes en Homero”, conferencia que abre el volumen, el autor toma ciertos pasajes de la *Iliada* y la *Odisea* que siempre han generado incógnitas entre los especialistas y los relaciona con las epopeyas de Oriente: el engaño a Zeus por parte de Hera; el sorteo cosmogónico entre Zeus, Hades y Poseidón; la herida que Diomedes le causa a Afrodita; la unión de Océano y Tetis como origen del mundo, y el sacrificio con incienso que Penélope le hace a los dioses en lo alto de su palacio para pedir la vuelta de Telémaco sano y salvo. Según el autor, estos pasajes, que han sido considerados anómalos en la épica griega, o bien incluidos tardíamente en la redacción, encuentran similitudes exactas con fragmentos de *Atrahasis*, *Gilgamesh*, y *Enuma elish*, en los que la única variante radica en el cambio de nombre de los protagonistas. Así, “la documentación oriental ofrece un material que presenta una relación tan estrecha con la poesía épica griega, que no se la debería

descuidar en la interpretación homérica” (50). Sin embargo, el autor previene: “siempre hay posibilidades abiertas, antes que conclusiones audaces” (32), y de esta manera mesurada abre la perspectiva de nuevas investigaciones antes de proponer novedades categóricas.

En cuanto a las cosmogonías orientales y griegas, Burkert procede con su voluntad integradora. Para empezar, propone que el inicio de la literatura no debe ubicarse en Homero y Moisés, sino en los textos de las pirámides egipcias y los mitos sumerios. Además, propone que la filosofía y la ciencia, que han sido señaladas tradicionalmente como méritos griegos, tienen una deuda importante con las especulaciones de los caldeos, egipcios, magos y gurús iraníes, mientras que la ciencia helénica fue precedida por la geometría, la matemática y la astronomía desarrollada por los babilonios. Así, “no hay razón para separar la cosmogonía griega de las orientales” (76). El autor resalta las similitudes entre la cosmogonía de Hesíodo, que parte del sentido bimórfico (de la unión de una pareja nace el mundo, Gea y Urano), con el texto de los hititas, el *Kumarbi*, y, además, con el *Enuma elish*. Por último, se explicita que el paso de *mythos* a *logos* no fue un proceso exclusivamente griego, sino que estuvo en consonancia con las civilizaciones de Oriente. En ese sentido, los presocráticos hacen sus elaboraciones cosmogónicas sobre el andamiaje de la tradición oriental acerca de la especulación mítica (81).

En cuanto al orfismo, Burkert se dedica más a una revisión historiográfica que a establecer nuevas aproximaciones desde Oriente. Partiendo del hallazgo arqueológico del manuscrito de Derveni, el autor acomete el tema de la religión nacida de Orfeo para preguntarse: ¿se trata de una alegoría poética o de una realidad ritual? Antes de apresurarse a dar una respuesta a este tema, siempre intrigante y abierto a conjeturas, el filólogo critica el automatismo que supone la equiparación entre Dionisio y Orfeo, para llegar a la conclusión de que el orfismo “aparece más bien como un movimiento elitista dentro de una tradición de culto báquico más amplio” (109).

En la última conferencia, “El advenimiento de los Magos”, luego de una detenida introducción al mundo cultural, religioso y artístico

iranio, el autor propone que en *Avesta*, texto sagrado de dicha cultura oriental, se encuentran postulados que luego se han tenido como estrictamente griegos. La división de cuerpo y alma establecida por Platón ya se encuentra en el zoroastrismo y el mazdeísmo; la cosmología de los cielos superpuestos de Anaximandro ya había sido postulada en *Avesta*; el dualismo de los principios de Parménides, Empédocles y Demócrito tiene como antecedente las formulaciones de los magos iraníes y sus elaboraciones sobre los *éidola*. Así, “las doctrinas iraníes auténticas llegaron a formar parte de una amalgama de matriz presocrática” (157).

Por último, en el libro se ofrece una amplia bibliografía de textos escritos en inglés, alemán, francés e italiano, que permiten ampliar la documentación y ayudar al interés de los investigadores que están interesados en la importancia de Oriente en la cultura griega. A fin de cuentas, el libro de Burkert supera el presupuesto del exotismo sobre el Antiguo Oriente, y deja abiertas múltiples líneas de investigación, destinadas a comprender de manera sintética la cultura ática, inmersa en relaciones culturales, artísticas y religiosas con sus civilizaciones cercanas.

Juan Sebastián Cruz Camacho

Universidad Nacional de Colombia — Bogotá



Iriarte, Ana, y Marta González. *Entre Ares y Afrodita: violencia del erotismo y erótica de la violencia en la Grecia Antigua*. Madrid: Abada Editores, 2008. 336 págs.

En efecto, los antiguos griegos sospechaban... ¡y con razón! El amor puede llegar a ser tan maravilloso, un estado tan deseado e intenso, que resulta sospechoso. Empédocles no se equivocaba cuando en su ciclo cósmico ponía como protagonistas nada más y nada menos que a Amor y Odio. Pero, contrario a muchas interpretaciones